

## LA LEY DE JANTE EN LA REGIÓN DE MURCIA

*Pedro Francisco Almaida*

*Dpto. Fisiología Animal. Facultad de Biología de la Univ. de Murcia*

*E-mail: almaida@um.es*

Hoy es uno de esos días en que salgo a campo abierto a desentumecer los músculos y descargar sobre el camino los ruidos de mi cabeza. Cuando siento la vista cansada de tanto enfocar la pantalla del ordenador y de recorrer ambientes cerrados, me esca- po cámara al hombro y pertrechado de botas de montaña, para encontrarme con el silencio del monte mediterráneo. Me dirijo hacia *El Majal Blanco*, en la *Sierra de Carrascoy*, a media hora de coche de donde vivo, con el cansancio acumulado, dispuesto a refrescar no sólo mis ojos sino también mi mente anquilosada, y abrir para ambos, horizontes más amplios que los que encuentran en el día a día.

Rumbo a *Sangonera la Verde*, escuchando músi-

ca relajante en el coche, recuerdo cuántas veces deserté del ritmo apresurado de la rutina para reencontrarme con mi propio aire. Y es que desde niño supe que no podría seguir los pasos de nadie, que si me proponía correr detrás de los demás, acabaría chocando una y otra vez conmigo mismo. Dicen que las enfermedades son maestras, que están ahí para enseñarnos algo. En mi caso, mis ojos me recuerdan cada día que debo tener paciencia, que para hacer aquello que quiero, no puedo tener prisa. Si no fuera por ellos, sé muy bien que andaría de un lado para otro poseído por la voz cuartelaria que me grita a cada momento que no me detenga.



Como en tantas otras ocasiones, dejo la autovía que siga su marcha acelerada hacia la costa y tomo una carretera secundaria que se dirige al telón que verdea al fondo. Después de atravesar *Sangonera la Verde*, giro a la izquierda en una gasolinera y tomo dirección al *CEMACAM de Torre Guil*, por un camino viejo de árboles ceñudos. Pronto me encuentro con el

arco que da la bienvenida a la urbanización, donde un guardia de seguridad me saluda con un ademán de sospechosa afabilidad, mostrándome que estamos en territorio vigilado. Con un bosquejo de sonrisa en el rostro, prosigo mi ascensión por el monte cuando me encuentro que la carretera está cortada por obras. Este hecho me llama la atención pues, por un momento,

no sé cómo ascender hasta el *CEMACAM* y me quedo paralizado. Enseguida recuerdo que hay otro camino posible, el que bordea *Torre Guil*, y doy la vuelta para continuar por allí. Es entonces cuando me encuentro con que el lugar ya no es el mismo que yo recordaba. En los cinco meses que hace que no paso por aquí, la urbanización ha asestado una buena dentellada al monte, con las excavadoras extrayendo suelo de donde antes únicamente había colinas, pinos y sotobosque. Los cimientos de una nueva hilera de casas se alzan como esqueletos grises que se recomponen a base de desangrar el lugar.

Un tanto impactado tras observar el duro golpe que las constructoras han inflingido a un lugar tan emblemático para mí, dejo el coche en la *Plaza de las Moreras*, donde se encuentra la caseta de información turística y desde donde parten la mayoría de las PR (rutas de pequeño recorrido) del parque natural. Estiro las piernas y me sitúo junto a dos piteras que se apartan la una de la otra formando una V. Desde allí se observa el monte colmado de pinos, sereno como siempre, ajeno al peligro que le acecha apenas unos metros más abajo.

Emprendo camino hacia las *Cuevas del Buitre*, despezando los sentidos y acompasando el ritmo de mis pasos a la respiración. De vez en cuando hago un alto en el camino y observo, desde la altura ganada, cómo se va confundiendo la frontera entre urbanización y monte. No puedo evitar que me invada la rabia, siempre me arremete cuando vuelvo a un lugar al cabo de un tiempo y me lo encuentro avasallado por la acción irresponsable del hombre, que parece no saber moverse más que bajo los impulsos del maldito dinero. Ocurre en el *Majal Blanco* como hace tiempo sucedió con la *Rambla Salada* a su paso por *Las Torres de Cotillas*, mi pueblo, donde la urbanización de *El Parque de las Palmeras*, con sus majestuosas mansiones, parapetadas tras altas vallas, perros guardianes y seguridad propia, han convertido en propiedad privada (= vedada) lo que hace poco tiempo era nuestro campo de investigaciones, donde los niños pasábamos todos los años el *día de San Antón*, inmersos en la naturaleza, descubriendo por primera vez las montañas, los ríos y los animales que por entonces habitaban el lugar.

Esto está ocurriendo con tantos lugares que suponen tanto...



No hace mucho que, como le ocurre a tantos otros, miraba hacia otro lado en asuntos de sociedad y política, escudándome tras esa rebeldía que uno se forja desde la adolescencia para no mezclarse en asuntos de adultos, para no perderse de los sueños e ideales que le permiten habitar un mundo propio. Observaba desde esa lejanía, la farándula de los gobernantes y altos cargos, siempre rodeados de sus fieles, siempre correctos, trajeados y bien etiquetados, lanzando al viento proclamas de desarrollo y bienestar para el pueblo, revistiendo su imagen inmaculada de valores y principios, de amor a las tradiciones y las costumbres... Los observaba y nada de lo que decían me llegaba, todo me parecía vacío. “Eso no pertenece a mi mundo”, trataba de autoconvencerme.

Pero, según ha ido pasando el tiempo, me he ido dando cuenta de que no se puede ignorar lo que está ocurriendo, que no puedo mirar hacia otro lado mientras los lugares que han formado parte de mi vida son destruidos. Permanecer impasible ante lo que ocurre delante de nuestros ojos es ser cómplice de tales desmanes.

Sumido en tales reflexiones, me viene a la mente un fragmento de un libro de *Paulo Coelho* que he leído recientemente, y que habla de la *Ley de Jante*, ley sobre la que nada había oído hablar y a la que ahora acierto a ubicar en mi realidad más cercana.



Se trata de una ley muy extendida en nuestra cultura y que tiene sobre nosotros una influencia mayor de la que podamos sospechar. Esta ley podría simbolizar una voz en nuestra cabeza, un mensaje arraigado en nuestra mente que nos manifiesta a cada momento nuestra mediocridad, nuestra condición de seres insignificantes, condenados al anonimato, incapaces de representar ningún papel en los acontecimientos que atañen al mundo, concluyendo que “si te comportas de esta manera, nunca tendrás grandes problemas en tu vida”.

De este modo, sin participar de lo que ocurre a nuestro alrededor, no nos metemos en grandes problemas, cierto; pero, mientras tanto, otros sí que se atreven a actuar y deciden por nosotros, imponiéndonos un mundo hecho a la medida de su ego. Frases como “las cosas son así”, “así funciona todo” o “todos

son iguales” enmascaran esa falta de intromisión en los problemas que nos afectan a todos.

He nacido en una Región donde se atropellan los recursos medioambientales a la vez que se nos vende la escasez de agua como gran cruzada. Donde, desde algunos medios, se nos manda sin pudor, un mensaje de confrontación contra otras comunidades para convocar los sentimientos más irracionales del hombre. De este modo, se desvía nuestra atención hacia un horizonte lejano que nada tiene que ver con los problemas reales que ahogan nuestra tierra. “Si no nos traen agua de fuera, será el fin de la huerta”, nos dicen; y mientras, tenemos que soportar cómo se destruye no sólo la tan recurrida huerta, sino también la totalidad de nuestros espacios naturales. Hoy Murcia se vende al mejor postor y, así es anunciada en toda Europa, como un lugar paradisíaco donde se puede construir en cualquier lugar, sobre una montaña o, incluso, sobre el mar. Se tapizan nuestros suelos de casas y más casas mientras cada día cuesta más acceder a una de ellas. Son nuevos territorios vedados.



Pero, a cambio, nuestra ciudad se embellece y esto se hace eliminando lo que sobra, como ha ocurrido con tantos árboles que vestían nuestros parques, de los que ahora asoman si acaso, fríos tocones. Nuestro Ayuntamiento, en su afán por maquillar la ciudad, coloca costosas esculturas en las circulares, objetos inertes que unos y otros admiran de distinta manera, olvidando que un olivo milenario, por inverosímil que sea su silueta, sigue siendo un ser vivo, un anciano arrancado de su tierra por unos cuantos miles de eu-

ros y expuesto en su agonía en un lugar concurrido, como es la plaza *Juan XXIII* de Murcia.

Y yo, que siempre me he sentido agradecido por disponer tan cerca de un lugar donde conectar con la naturaleza y no perder mi dirección, no puedo seguir negando la realidad. Siento la necesidad de expresar lo que no me gusta: no me gusta esta fiebre por el dinero que inflama a los que nos gobiernan, no me gusta la pasividad de la gente de esta tierra, no me gusta escuchar las palabras vacías que se nos proyectan. Yo sólo soy un hombre que ama la naturaleza, no entiendo de economía, de intereses ni de planes de desarrollo, pero siento que éste no es el camino correcto, que estamos acabando con lo mejor que tenemos, con la verdadera esencia de nuestra tierra.

Las selvas de grúas colman muchos de nuestros horizontes, a la vez que desaparecen los trazos plasmados en muchos lienzos, ya memoria de tiempos que fueron. Llegan, plantan sus banderolas, se anuncian en los medios y empiezan a construir sus vergeles dorados a ritmo de plaga. Palabras como *resort*, *golf* o *spa* constituyen el nuevo estilete del progreso en Murcia y muchos asisten encantados a la ocupación de su tierra, obnubilados ante el dorado del nuevo milenio. Y el resto paralizados, sumisos, sólo opinando en lugares sordos, indispuestos para actuar. Quizás sea el miedo a transgredir las fronteras que marca la *Ley de Jante*, ese miedo que paraliza el corazón e inhabilita para luchar por los ideales y los sueños. Ése que delimita nuestras opciones y nos arroja al anonimato proclamando que, ante nuestra insignificancia, debemos permanecer en nuestra parcela, pasando desapercibidos y digiriendo frustraciones.

La jornada de monte ha derivado en una profunda reflexión que me trae a enfrentarme con la pantalla blanca del ordenador. Mientras trato de extraer de mí algo de esa rabia que siento para disponer unas cuantas líneas, soy consciente de que hoy he decidido retar al miedo. Igual que de niño afronté el temor a la ceguera, cuando las limitaciones de mis ojos, demasiado miopes, me dejaban una y otra vez en la cuneta de la autopista, observando el mundo correr delante de mí, ahora no he de dejarme arrastrar por la corriente de la indiferencia, y ante las proclamas subliminales de la *Ley de Jante*: “nada puede hacerse”, “las cosas son así”, “todos son iguales”, que promueven el marchar de esta sociedad rolliza y enferma de usura, yo me enfrento a mis miedos y escribo aquí para cambiar todo esto.